

Tres miradas sobre el exilio interior

De *El espíritu de la colmena* a *Los girasoles ciegos*

MANUEL ARIZA CANALES



El espíritu de la colmena (Víctor Erice, 1973)

Abstract

A través de *El espíritu de la colmena* (Víctor Erice, 1973), *El sur* (Víctor Erice, 1983, cine / Adelaida García Morales, novela) y *Los girasoles ciegos* (Alberto Méndez, 2004, novela / José Luis Cuerda, 2008, cine), en esta comunicación se contempla la situación de aquellos que, vencedores o vencidos, quedaron marcados por las terribles experiencias de la Guerra Civil Española; de quienes no tuvieron que cruzar ninguna frontera para sentirse extranjeros dentro de su propio país, extraños de sí

mismos y de la vida. La posguerra significó una prolongación del conflicto que se concretó en una dura represión cuyo objetivo era la eliminación total, “desinfección”, de cualquier elemento disidente, una implacable inquisición contemporánea que arruinó la existencia de muchos españoles.

Palabras clave: cine español, novela española, siglo XX, Guerra Civil Española, posguerra, exilio interior, memoria histórica, franquismo, represión, Víctor Erice, Alberto Méndez, José Luis Cuerda.

El generalísimo Francisco Franco, con su proverbial desconfianza, tardaría en creerse el parte de guerra que el mismo había firmado el 1 de abril de 1939, y con el cual, como es bien conocido, se daban por alcanzados los últimos objetivos militares de las tropas nacionales y por concluida la Guerra Civil Española. Ante la evidencia de que la paz era aún sumamente precaria, de que cabía la cierta posibilidad de que los rescoldos de la guerra, la España derrotada, se encendiesen de nuevo, en su discurso emitido por Radio Nacional tras el primer Desfile de la Victoria (19 de mayo de 1939), dejaba sumamente claro que otro tipo de combate, si cabe más implacable y, desde luego, más desigual que el de las trincheras se mantenía en activo: “Terminó el frente de guerra; pero sigue la lucha en otro campo. La Victoria se malogrará si no continuásemos con la tensión y la inquietud de los días heroicos, si dejásemos en libertad de acción a los eternos disidentes, a los rencorosos, a los egoístas (...)”¹.

¹ Apud Enrique González Duro, *El miedo de la posguerra*, Editorial Oberon, Madrid, 2003, p. 41.

Se temía el contagio ideológico como si de una latente, pero muy nociva, epidemia se tratase; de modo que eliminar los focos de infección no sólo constituía una tarea necesaria para sanear el presente, sino también para asegurar la futura salud del cuerpo social². Los protagonistas de *El espíritu de la colmena* (Víctor Erice, 1973), *El sur* (Víctor Erice, 1983, cine / Adelaida García Morales, 1985, novela) y *Los girasoles ciegos* (Alberto Méndez, 2004, novela / José Luis Cuerda, 2008, cine) se nos presentan con el aciago destino y la textura moral deshecha de los apestados medievales. No les queda otra salida que la ocultación, la huida. En su lírica denuncia de la incomprensión, de la rabiosa e impotente desesperanza de estos españoles vencidos y estigmatizados, transmutados en bestias a batir por la retórica tremendista y sin piedad del régimen franquista, Víctor Erice hará que se confundan en la mirada infantil de Ana, protagonista de *El espíritu de la colmena*, el monstruo recreado a partir de trozos de diversos cadáveres por el doctor Frankenstein y el rojo, el maquis supurado por el cuerpo putrefacto de la España derrotada³. El estado de guerra, de *cuarentena*, se mantuvo hasta 1947. Estos años cuarenta de guerra sumergida, de busca y captura del enemigo escondido, camuflado, por una parte; y de miedo, retraimiento hasta lugares donde habitase lo más parecido al olvido⁴, ya que no la redención, por la otra,

² Vid. Gutmaro Gómez Bravo, *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista (1939-1950)*, Editorial Taurus, 2009, pp. 86-87.

³ “La íntima y secreta zozobra que corroe al Orden, alarmándole desde dentro por la monstruosidad que consiente y fabrica, se expresa hacia fuera como represión o condena del diferente”. Fernando Savater, “Prólogo” en Ángel Fernández-Santos; Víctor Erice, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976, p. 10. / ³ Vid. Jaime Pena, *El espíritu de la colmena. Víctor Erice*, Ediciones Paidós, Madrid, 2004, pp. 98-102.

⁴ La carta que Teresa, la madre en *El espíritu de la colmena*, escribe a un desconocido al comienzo del filme sintetiza el melancólico panorama de su exilio interior: “Aunque me doy cuenta de que ya nada

servirán de escenario a nuestras historias de exilio interior y suicidio moral o físico⁵.

“A veces pienso que para quienes en su infancia han vivido a fondo ese vacío que, en tantos aspectos básicos, heredamos los que nacimos inmediatamente después de una guerra civil como la nuestra, los mayores eran precisamente eso: un vacío, una ausencia. Estaban -los que estaban-, pero no estaban. Y ¿por qué no estaban? Pues porque habían muerto, se habían marchado o bien eran unos seres ensimismados desprovistos radicalmente de sus más elementales modos de expresión”⁶.

En los relatos de Alberto Méndez incluso los oficialmente vencedores acaban sintiéndose derrotados, destrozados si no física, sí moral y espiritualmente por los horrores de la guerra. El capitán Alegría, del servicio de intendencia del ejército franquista, se rinde a los republicanos el mismo día en que el general republicano Casado va a entregar Madrid, dando con ello por perdida la guerra. Desde luego, Alegría es el más kafkiano de los personajes que circulan por el libro. Incomprendido por ambos bandos,

... puede hacer volver aquellas horas que pasamos juntos, pido a Dios que me conceda la alegría de volver a encontrarte. Se lo he pedido desde que nos separamos en medio de la guerra, y se lo sigo pidiendo ahora, en este rincón donde Fernando, las niñas y yo tratamos de sobrevivir. Salvo las paredes, apenas queda nada de la casa que tú conociste. A menudo me pregunto a dónde habrá ido a parar todo lo que en ella guardábamos. No lo digo por nostalgia, después de lo que nos ha costado vivir en los últimos años... Pero, a veces, cuando miro a mi alrededor y descubro tantas ausencias, tantas cosas destruidas y, al mismo tiempo, tanta tristeza, algo me dice que, quizás con ellas, se fue nuestra capacidad para sentir de verdad la vida. Ni siquiera sé si esta carta llegará a tus manos. Las noticias que recibimos de fuera son tan pocas y tan confusas. Por favor, escribe pronto. Que sepa que aún vives. Recibe todo el cariño de... Teresa”. Apud Jaime Pena, *El espíritu de la colmena...*, pp. 56-57.

⁵ Cf. Jaime Pena, *El espíritu de la colmena...*, pp. 56-58. / Cf. Gutmaro Gómez Bravo, *El exilio interior. Cárcel...*, pp. 117-121.

⁶ Miguel Rubio; Jos Oliver; Manuel Matji, “Entrevista con Víctor Erice” en Ángel Fernández-Santos; Víctor Erice, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976, pp. 144.

termina ante un consejo de guerra que le juzga por traidor y criminal de lesa patria. Al ser interrogado por sus motivos, se dedica a desglosar las acciones del bando nacional, la estrategia a un tiempo sinuosa e implacable diseñada por Franco y sus generales. Cita, por ejemplo, cómo se pudo, pero no se quiso tomar Madrid en el otoño de 1937. “Preguntado que si no queríamos ganar la Gloriosa Cruzada, qué es lo que queríamos, el procesado responde: queríamos matarlos”⁷. Por su parte, el odioso coronel Eymar, con cientos de sentencias de muerte en su pétrea y resbaladiza conciencia, y su dominante esposa serán “víctimas”, primero, de la imagen tan heroica y altiva como adulterada que de su hijo, fusilado en el Madrid republicano, traza un preso que le conoció, y finalmente de la cruda verdad. Su hijo había sido traficante de medicamentos en mal estado, asesino de un pastor para robarle unos corderos y, por último, delator de compinches y quintacolumnistas. Juan Senra, el preso republicano que, como Sherezade, había estado alargando su vida a base de fantasías, se enfrentará al pelotón de fusilamiento con el sosiego que le aportaba el saber que “(...) del rostro del coronel Eymar desaparecería para siempre esa mueca de satisfacción impune”⁸.

⁷ Alberto Méndez, *Los girasoles ciegos*, Editorial Anagrama, 2004, p. 28.

⁸ *Ib.*, p. 101.



Los girasoles ciegos (José Luis Cuerda, 2008)

El hermano Salvador, el lascivo y acosador diácono de *Los girasoles ciegos*, también considera que su paso por la guerra, como soldado voluntario, le ha malogrado para el sacerdocio. Había abandonado el seminario a instancias de Rector, quien le animó a sumarse a la Santa Cruzada, y sus experiencias en la vorágine de los más bajos instintos⁹ habían corrompido su inocencia, traumatizado su alma y despertado a la bestia que anidaba en lo más oscuro de su ser. En el guión cinematográfico, despojado el discurso del diácono de la retórica que tan demoledora resulta en la novela¹⁰, Azcona y Cuerda le hacen expresarse con toda crudeza: “He matado. He fusilado a gente. Los he rematado en el suelo, mientras me miraban a los ojos. Me temblaba la mano.

⁹ *Ib.*, p. 105.

¹⁰ Cf. José Luis Cuerda, “Los girasoles cegados por un sol terrible”, en Rafael Azcona; José Luis Cuerda, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico), Ocho y medio, Madrid, 2008, p. 10.

No acertaba. Y tenía que volver a disparar... Y he pecado muchísimo”¹¹. Esto le servirá, si no para justificar posteriores sentimientos y actuaciones, sí para explicarlos y, de manera más o menos velada, para descargar, en parte, su negra conciencia sobre quien le indujo a participar en una nefasta y perversa contienda que resultó tener más de infierno que de Santa Cruzada. En la novela la confesión del diácono se convertirá, a modo de flashback literario, en una de las voces que construyen el relato¹².

De una guerra nadie, podemos concluir, sale indemne; menos aún si se trata de una guerra civil fratricida. Consciente de esta dura realidad, Víctor Erice, al referirse al vacío dejado por esas generaciones perdidas que hicieron la guerra, y que tan bien percibieron sus hijos, recluye en un turbio y doloroso limbo a supervivientes de ambos bandos. “Me estoy refiriendo, claro está, a los vencidos; pero no sólo a los que lo fueron oficialmente, sino a toda clase de vencidos, incluidos aquellos que, independientemente del bando en que militaron, vivieron el conflicto en todas sus consecuencias sin tener una auténtica conciencia de las razones de sus actos, simplemente por una cuestión de supervivencia. Exiliados interiormente de sí mismos, la experiencia de estos últimos me parece también una experiencia de vencidos, llena de patetismo. Terminado lo que consideraron como una pesadilla, muchos volvieron a sus casas, procrearon hijos, pero hubo en ellos, para siempre, algo profundamente mutilado, que es lo que revela su ausencia”¹³.

¹¹ Rafael Azcona; José Luis Cuerda, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico), Ocho y medio, Madrid, 2008, p. 17.

¹² Cf. José Luis Cuerda, “Los girasoles cegados por un...”, p. 10.

¹³ Miguel Rubio; Jos Oliver; Manuel Matji, “Entrevista con Víctor Erice”..., p. 144.

El cineasta vasco hacía estas reflexiones al hilo del evanescente y traumatizado vaciado que conforma a Fernando y Teresa, los padres de la pequeña protagonista de *El espíritu de la colmena*. Treinta y un años después a los lectores de *Los girasoles ciegos* se les ofreció una visión de los vencedores oficiales que parece un calco de la que acabamos de citar: “¿Son estos soldados que veo lánguidos y hastiados los que han ganado la guerra? No, ellos quieren regresar a sus hogares adonde no llegarán como militares victoriosos, sino como extraños de la vida, como ausentes de lo propio y se convertirán, poco a poco, en carne de vencidos. Se amalgamarán con quienes han sido derrotados, de los que sólo se diferenciarán por el estigma de sus rencores contrapuestos. Terminarán temiendo, como el vencido, al vencedor real, que venció al ejército enemigo y al propio. Sólo algunos muertos serán considerados protagonistas de la guerra”¹⁴.

Aunque, en diversas circunstancias, tanto Agustín Arenas, protagonista de *El sur*, como el capitán Alegría o Ricardo Mazo, ambos de *Los girasoles ciegos*, acaban suicidándose; la única vía de escape que al parecer encuentran en el callejón sin salida en que se han convertido sus vidas. Más allá de la ficción, en el terreno de la realidad histórica, los datos, casi siempre a la baja, del Instituto Nacional de Estadística revelan que el número de suicidios y tentativas de suicidio se incrementó a partir de 1939, hasta llegar a un índice de 9’75 por cada mil habitantes¹⁵. El capitán Carlos Alegría se vuela la cabeza de un disparo. Después de vivir varios años como un *topo*, enclaustrado en su piso, escondiéndose en un armario empotrado cada vez

¹⁴ Alberto Méndez, *Los girasoles ciegos...*, p. 36.

¹⁵Vid. Enrique González Duro, *El miedo de la posguerra...*, pp. 212-213.

que llegaba una visita o la policía, Ricardo Mazo se arroja al vacío por una ventana, forzado por una situación desesperada, ya que su presencia acaba de ser descubierta y podría comprometer gravemente a su mujer y su hijo pequeño. El sonido de un disparo da cuenta del suicidio de Agustín Arenas. En los tres casos ha habido resistencia, agónicos intentos por retener los últimos jirones de una dignidad o una esperanza que dieran sentido a sus vidas.

Y, sin embargo, aún había quien conseguía rebelarse a su manera. Azcona y Cuerda reflejan en el guión de *Los girasoles ciegos* la ceremonia que daba comienzo a las clases con el canto del *Cara al sol*, el izado de la bandera y los gritos y vítores de rigor¹⁶. Un ritual en el que también participaban las madres que llevaban a los niños al colegio, dando así muestras de su adhesión al régimen y participando en el espíritu patriótico que impregnaba la disciplina, en muchos aspectos cuartelaria, de la vida escolar¹⁷. En un determinado momento, el hermano Venancio advierte que el pequeño Lorenzo Mazo sólo mueve los labios para disimular que no está cantando y se acerca al niño con la intención de interrogarle acerca de los motivos de su anómalo comportamiento: ¿no se sabe la letra, no le gusta? Elena, esposa de Ricardo, sale en defensa de su hijo argumentando que no entiende una letra que habla de morir por la patria; su hijo no quiere morir, sino vivir para ella, para su madre¹⁸. Hay en este fortuito encuentro entre dos visiones diversas acerca del

¹⁶ Vid. Rafael Azcona; José Luis Cuerda, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico..., pp. 26-27.

¹⁷ Cf. Enrique González Duro, *El miedo de la posguerra...*, pp. 21-22.

¹⁸ Vid. Rafael Azcona; José Luis Cuerda, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico..., pp. 44-45. / En la novela la silenciosa rebelión de Lorenzo es aún más pertinaz y evidente. Así lo refiere el hermano Salvador: “Le castigué a no abandonar aquel patio si no cantaba el himno completo, pero no cantó. Se mantuvo erguido y con el brazo en alto aunque ni siquiera comenzó la primera estrofa. No sé si prevaleció en mí la ira por su rebeldía o la dicha por doblegar con mi autoridad a un hijo impío de un

valor de la vida y del patriotismo un eco de aquel viva a la muerte que el general Millán Astray profiriese en el paraninfo de la universidad de Salamanca, y que encontró oportuna respuesta en la legendaria intervención, en sentido contrario, de Miguel de Unamuno.

Significativamente la imagen de filósofo bilbaíno aparece en *El espíritu de la colmena*, cuando el elusivo pasado de los padres de Ana se manifiesta fragmentariamente en un álbum de fotos que la niña está hojeando. En una de las fotos aparece Fernando, el padre, junto a don Miguel de Unamuno. La ficción cinematográfica de Erice convierte, pues, al silencioso y medroso padre de la pequeña protagonista en discípulo, cuando no en amigo, de uno de los personajes que encarnan el espíritu de la generación del 98, uno de los momentos de mayor y más honda reflexión acerca del destino del ser humano, en general, y de los españoles, en particular¹⁹.

La sombra de Antonio Machado, en tanto que mito representativo de lo más noble y derrotado del régimen republicano, sobrevuela estas historias. Agustín Arenas, como el poeta, también es natural de Sevilla y, en diferentes circunstancias, ha tenido que dejar su tierra natal para vivir en el norte. En la película Agustín es médico; no así en la novela de Adelaida García Morales, donde es profesor de francés, como Machado²⁰. En la ficción cinematográfica de *Los girasoles ciegos* Ricardo Mazo es definido por el director y coguionista José Luis Cuerda como “(...) profesor de instituto, trasunto a ratos de don

siglo sin fe. «¡Canta», le ordené, «es el himno de los que quieren dar la vida por su Patria!». / «Mi hijo no quiere morir por nadie, quiere vivir para mí», dijo una voz suave y melosa a mis espaldas. Me volví y era ella”. Alberto Méndez, *Los girasoles ciegos...*, p. 113.

¹⁹ Cf. Jaime Pena, *El espíritu de la colmena...*, pp. 60-64.

²⁰ Vid. Adelaida García-Morales, *El Sur*, seguido de *Bene*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1985, p. 7.

Antonio Machado y de cuantos sufrieron exilio o muerte por sus ideas de igualdad, solidaridad o simple dignidad (...)”²¹. Además, en una de las escenas finales, Ricardo aparece mostrando un libro que el poeta sevillano le ha dedicado en unos términos que sólo se usarían con un amigo íntimo, muy valorado y querido²². Los paisajes adustamente castellanos de *El espíritu de la colmena* (Toledo) remiten a la estética y la ética castellana tan valorada por la generación del 98, y especialmente por esos dos hombres de la periferia norte y sur, respectivamente, que fueron Miguel de Unamuno y Antonio Machado.

Diríase que el sur se recuerda e imagina como el paraíso perdido, como el pasado brillante, alegre, luminoso, lorquiano, inocente...; mientras que el exilio interior tiene el aspecto del secarral desolado, desértico y eremítico. ¿Acaso el último apunte de poema que encontraron en el gabán de Antonio Machado no estaba dedicado a la luz de su tierra natal?:

“Estos días azules y este sol de la infancia”.

Estrella (Adriana en la novela), la niña y voz narradora de *El sur*, habla poco de su madre, con quien, sin embargo, pasa buena parte de su tiempo y por quien es educada en casa: “(...) me gustaban mucho las clases que mamá me daba por la mañana. Y, sobre todo, era cuando más amable se mostraba conmigo. Quizás aquella fuera su vocación, pero, como habían invalidado su título de maestra en la guerra, no podía ejercer más que conmigo”²³. La reforma de la enseñanza había sido uno de los buques insignia de los

²¹ José Luis Cuerda, “Los girasoles cegados por un...”, p. 11.

²² “Dedicado... «A mi amigo y compañero Ricardo Mazo, con el afecto de su, Antonio Machado»”. Vid. Rafael Azcona; José Luis Cuerda, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico..., p. 96.

²³ Adelaida García-Morales, *El Sur*, seguido de *Bene...*, p. 8.

gobiernos republicanos, que, pese a las dificultades y la falta de medios, habían mimado la formación de los maestros que, desde las aulas, debían construir una España más plural y moderna. Por análogos motivos, aunque en sentido contrario, esos docentes se convirtieron para la dictadura en potenciales y dañinos “sembradores de la semilla de Caín”; y, por lo tanto, objeto de una necesaria y decidida purga. “La depuración durante y después de la guerra dejó unos 15.000 expulsados y unos 6.000 sancionados. Lo menos grave es que estuvieron 18 meses sin cobrar. Tampoco la universidad se libró del *atroz desmoche* que despojó a muchos de su trabajo para colocar en sus puestos a los afectos y ascenderles en el escalafón académico”²⁴.



El sur (Víctor Erice, 1983)

²⁴ Carmen Morán, “Represión contra los maestros en la Guerra Civil”, *El País*, Madrid, 27 de enero de 2003.

Hay en *El sur* un conflicto entre padre e hija que se resuelve mediante un pequeño gran sacrificio de él. Agustín finalmente acude a la comunión de Estrella; sacrificando sus principios en el altar del amor que le tiene, entrando a hurtadillas en un ámbito que le es ajeno, que incluso le repele, pero al que ella sí pertenece. El memorable plano-secuencia en el que ambos bailan el pasodoble *En er mundo* podría servir como metáfora de la posibilidad, más allá de ideologías excluyentes y rencores inextinguibles, de reconciliación entre las dos Españas.

FUENTES:

AZCONA, Rafael; CUERDA, José Luis, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico), Ocho y medio, Madrid, 2008.

FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel; ERICE, Víctor, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

GARCÍA-MORALES, Adelaida, *El Sur*, seguido de *Bene*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1985.

MÉNDEZ, Alberto, *Los girasoles ciegos*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2004.

BIBLIOGRAFÍA:

AMO, Álvaro del, “Una gradación de venenos” en FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel; ERICE, Víctor, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976, pp. 151-159.

AROCENA, Carmen, *Víctor Erice*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1996.

CUERDA, José Luis, “Los girasoles cegados por un sol terrible”, en AZCONA, Rafael; CUERDA, José Luis, *Los girasoles ciegos* (guión cinematográfico), Ocho y medio, Madrid, 2008, pp. 9-12.

EHRlich, Linda C. (ed.), *The Cinema of Víctor Erice. An Open Window*, The Scarecrow Press, Lanham, Maryland, 2007.

FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel; ERICE, Víctor, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel, *La mirada encendida. Escritos sobre cine*, Editorial Debate, 2007.

GÓMEZ BRAVO, Gutmaro, *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista (1939-1950)*, Editorial Taurus, 2009.

GONZÁLEZ DURO, Enrique, *El miedo de la posguerra*, Editorial Oberon, Madrid, 2003.

ILIE, Paul, *Literatura y exilio interior*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1981.

JARNE ESPARCIA, Nacho, “*El sur*. Presentación en profundidad de *El sur* de Víctor Erice”, *Making of. Cuadernos de cine y educación*, nº 52, Barcelona, 2007, pp. 60-64.

MORÁN, Carmen, “Represión contra los maestros en la Guerra Civil”, *El País*, Madrid, 27 de enero de 2003.

PENA, Jaime, *El espíritu de la colmena. Víctor Erice*, Ediciones Paidós, Madrid, 2004.

PÉREZ PERUCHA, Julio (ed.), *El espíritu de la colmena*, Ediciones de la Filmoteca (Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay), Valencia, 2005.

RUBIO, Miguel; OLIVER, Jos; MATJI, Manuel, “Entrevista con Víctor Erice” en FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel; ERICE, Víctor, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976, pp. 137-150.

SAVATER, Fernando, “Prólogo” en FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel; ERICE, Víctor, *El espíritu de la colmena* (guión cinematográfico), Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976, pp. 9-26.

